

Conrad Edick Wright es *Ford Editor of Publications* de la *Massachusetts Historical Society* y director del *Center for the Study of New England History*. Kathryn P. Viens fue *Assistant Editor of Publications* de la *Massachusetts Historical Society* y actualmente es directora de la *Old Colonial Historical Society*.

M<sup>a</sup> Concepción Hernández Escayola  
*Universidad de Navarra*

**Simpson, James**, *La agricultura española (1765-1965): la larga siesta*. Alianza Editorial, Madrid, 1997, 415 páginas. ISBN 84-206-2876-X.

*Primera parte*: El atraso relativo de la agricultura española. 1/La agricultura española: una visión a largo plazo; 2/El enigma del estancamiento resuelto: las variaciones regionales. *Segunda parte*: Las técnicas tradicionales y las oportunidades de mercado, 1765-1880. 3/ El crecimiento de la agricultura y el estancamiento tecnológico; La especialización agrícola y la expansión de los mercados. *Tercera parte*: Los límites del cambio tecnológico, 1880-1936. 5/ La fertilidad del suelo y la revolución química; 6/ El cultivo intensivo y la irrigación. ¿Una solución al problema de la baja productividad?; 7/ Las reticencias a la mecanización. *Cuarta parte*: Los mercados y las instituciones, 1880-1936. 8 El crecimiento del mercado interior y la especialización agrícola; 9 Las exportaciones agrícolas y la economía internacional; 10/ La economía política de la agricultura española. *Quinta parte*: El Estado y el fin de la agricultura tradicional. 11/ La modernización de la agricultura española, 1936-1965. *Conclusión*: 12 El cambio agrícola en el contexto europeo. *Apéndice*: Estimaciones del consumo y de la producción agraria en la España del siglo XIX.

El autor sintetiza en esta obra los trabajos monográficos realizados por él mismo en este terreno durante los últimos lustros, completándolos con investigación de primera mano. Buen conocedor de las fuentes, también domina la bibliografía sobre el tema. Uno de los méritos más sobresalientes del libro es la continua referencia a los problemas planteados por los sistemas agrarios occidentales, los caminos seguidos para su solución. Sobre ese marco, se estudia el camino seguido por la agricultura española. Hay un esfuerzo continuado por situar los logros y limitaciones de los sistemas agrarios españoles en el contexto de las agriculturas europeas, americanas y japonesa.

El libro consta de cinco partes. En la primera parte se examinan las variaciones a largo plazo de la productividad del trabajo y de la productividad de la tierra, así como los fuertes contrastes regionales –climáticos e institucionales– dentro de la península ibérica. En la segunda parte describe los cambios tecnológicos e institucionales ocurridos en la agricultura española durante el periodo 1765-1880, el periodo de la revolución agraria en Europa. En la tercera y cuarta parte examina los cambios técnicos (tercera parte) e institucionales (cuarta parte) ocurridos durante el periodo 1880-1936. En la quinta parte, se examina el crecimiento agrario durante la época del franquismo.

Para el autor, el crecimiento agrario en España no se despegó con claridad del crecimiento demográfico hasta el primer tercio del siglo XX. Tales ganancias se van a perder durante los decenios de 1930 y 1940. Los procesos de modernización de la agricultura española se reanudaron a partir de la década de 1950, momento en el que se produjo un importante aumento en la productividad asociado a cambios estructurales de la economía española. Después de 1960, y por primera vez en doscientos años, se redujeron algo los desniveles entre la agricultura española y las agriculturas occidentales.

En la obra se divide los sistemas agrarios españoles en cuatro grandes regiones: la zona Norte –la franja Cantábrica, de Galicia al País Vasco-, el Mediterráneo –desde Cataluña a Murcia-, Andalucía y la zona Interior (donde están comprendidas todas las regiones sin contacto directo con el mar). La zona Norte se caracterizaría por el dominio del minifundio y la agricultura mixta con uso intensivo de mano de obra, escasamente integrada en el mercado. La zona Mediterránea dominaba una agricultura altamente comercializada, muy dependiente de los mercados internacionales, especializada en frutas, frutos secos y hortalizas en las zonas de regadío. En el resto del país, las cuatro quintas partes del territorio, la sequía estival limitaba enormemente las posibilidades agrícolas. En Andalucía, la agricultura se desarrolló en latifundios centrados en la producción de cereales y olivo, mientras en las zonas interiores las explotaciones eran con mucha frecuencia pequeñas, dominando en esta región el cultivo cerealícola de secano. La diversidad regional fue enorme, lo que explica problemas diversos y una evolución diferente. Para el autor, las regiones Norte e Mediterránea fueron las únicas que desde 1900 consiguieron al mismo tiempo mejoras significativas en la productividad del trabajo y la productividad de la tierra, situándose a la cabeza del crecimiento agrario peninsular.

Las ganancias en la producción agraria ocurridas entre 1765 y 1880 apenas supusieron mejoras en la productividad del trabajo y de la tierra, o, desde el punto de vista del consumidor, casi no hubo mejoras en la ración alimenticia. Bastó el aumento de la superficie roturada –estimulada por el desarrollo de los derechos de propiedad privada (fin de la Mesta, los diezmos y el mayorazgo junto con la Desamortización)-, y la liberalización del mercado de los productos agrícolas –unido a las mejoras en el transporte (que favorecieron la especialización agrícola)-, para que la agricultura pudiera alimentar al doble de la población, que continuó disponiendo de una ración alimenticia más bien limitada, pobre en calorías, y con escasa participación de la carne y productos lácteos. En 1900 España tenía los niveles alimenticios de los países Europeos del noroeste de Europa en torno 1800.

Los elementos que impulsaron la segunda revolución agraria en Europa desde mediados del siglo XIX –apoyados en el crecimiento industrial: los abonos químicos, la mecanización de buena parte de las tareas agrarias (segadoras y trilladoras) y las técnicas avanzadas de regadío-, impulsaron

débilmente el crecimiento agrario en España durante el periodo 1880-1936. En las agriculturas de secano los cereales tradicionales respondían mal a los abonos artificiales; por otro lado, la mala gestión del agua, la lentitud de los nuevos cultivos en penetrar en las tierras de regadío, o la escasa utilización de semillas seleccionadas y de abonos artificiales limitaron las consecuencias de la ampliación de la superficie de regadío. Del mismo modo, los bajos salarios agrarios, el elevado precio de la energía de tracción animal, y los endeble vínculos entre agricultura e industria, limitaron el impacto de la mecanización en la productividad del trabajo.

Todavía en 1930 los regímenes alimenticios en España resultaron deficientes en calorías, con bajo consumo de carne y productos lácteos, fruto de una débil demanda urbana. Cuando la caída de los precios internacionales de los cereales favoreció la especialización de los agricultores europeos en productos ganaderos, amplias zonas de la España seca –con una sequía estival que limitaba la disponibilidad de pasto-, no pudieron seguir este camino. El Norte, única región donde el clima hacía esto posible, estaba mal integrado con el resto de los mercados regionales españoles, lo que limitó la especialización. Esto favoreció la especialización de los agricultores españoles en aquellos productos en los que tenía una ventaja competitiva en los mercados internacionales: vid, olivo, naranjas, frutos secos... Esto generó una gran dependencia de los sectores agrarios españoles más dinámicos de los mercados internacionales, mercados que se vieron saturados en muchos de estos productos desde los años 1920. Del mismo modo la acción de gobierno –basada en política arancelaria proteccionista para los cereales- benefició a los grandes productores sin mejorar de manera significativa las rentas de los pequeños y medianos productores, o el nivel de vida de los consumidores.

Estas limitadas transformaciones, aunque permitieron aumentos de la productividad de la tierra, y sobre todo del trabajo, no impidieron que la distancia relativa entre la agricultura española y la europea continuara aumentando, con niveles relativos de productividad del trabajo y de la tierra bajos y con precios agrarios elevados, lo que produjo los regímenes alimenticios más deficientes de Europa, junto con el resto de los países mediterráneos.

Las crisis de los años 1930 y 1940 detuvieron y posteriormente anularon las mejoras del primer tercio del siglo XX. No será hasta los años 1960 que la agricultura española supere los tres cuellos de botella que frenan su expansión. El éxodo masivo hacia las ciudades provocó una escasez relativa de mano de obra, lo que elevó los salarios reales favoreciendo la mecanización. La mejora en la selección de semillas impulsó el aumento de la productividad de la agricultura cerealícola, lo que permitió al gobierno bajar el precio del trigo en términos reales. En segundo lugar, los cambios en la cría de cerdos y aves permitieron un aumento rápido en la producción interna, multiplicando por dos el consumo per cápita de carne entre 1955 y 1965. En tercer lugar, el nuevo atractivo de la energía hidroeléctrica y las mejoras en las técnicas de construcción aumentaron de forma notable la oferta de agua para el regadío

en España. “Como resultado, mientras que la productividad del trabajo se había incrementado un tercio entre 1900 y 1950, se triplicó entre 1950 y 1970. Aunque la agricultura española era todavía pobre en comparación con otros países occidentales de Europa, se había despertado de la siesta” (p. 37)

Frente a las explicaciones más clásicas, que hacen hincapié en las limitaciones climáticas (sequía prolongada) o históricas (estructuras de la propiedad desequilibradas), el autor ofrece un panorama en parte nuevo y más complejo del limitado crecimiento agrícola español. Para el autor, también la política proteccionista del gobierno, o el limitado crecimiento urbano e industrial del país influyeron en esta limitada expansión agraria. “Sostengo que aunque en España los recursos naturales no eran especialmente favorables para la agricultura, ésta no fue una razón suficiente para explicar el lento crecimiento del sector. También hay que inculpar a las políticas de los gobiernos, a la debilidad de la demanda urbana de productos agrícolas y a su incapacidad para atraer el trabajo agrícola, a las dificultades para conseguir un crecimiento basado en la exportación, y a las restricciones técnicas que impidieron tanto la mejora de los rendimientos en los cultivos de secano como la introducción de cultivos más intensivos en mano de obra” (p.31).

Aunque es verdad que la comparación con otros países occidentales pone en evidencia el enorme atraso de la agricultura española, también es cierto que el autor tiende a infravalorar los cambios ocurridos en la agricultura española antes de los años 1950. Por ejemplo, es muy posible que si hubiera tenido en cuenta la mano de obra femenina agrícola, las mejoras en la productividad del trabajo agrario ocurridas entre 1880 y 1936 –ya significativas según sus datos– hubieran sido aún bastante mayores<sup>22</sup>.

Por otro lado, aunque el autor repite con insistencia que los modelos de desarrollo agrario ideados en el noroeste de Europa no son aplicables en amplias zonas de España por razones climáticas, no siempre queda clara cual hubiera sido la alternativa posible a los agricultores españoles en esas circunstancias históricas, especialmente en las zonas del Interior peninsular. Un ejemplo de esto es la carne. En amplias zonas de España no fue viable la producción masiva de carne y leche a partir del vacuno, y más bien parece que la vía que permitió el consumo habitual de carne en España estuvo en la producción de cerdo y aves. Sin embargo, este tipo de información es muy mal conocida antes de 1930 y, dada la importancia de la producción doméstica en estos sectores, es muy posible que aún entonces los datos sean muy poco fiables<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> Antonio MORENO, *Diversidad regional de los modelos de feminidad en España. Una explicación desde las ciencias sociales*, Pamplona, Instituto de Ciencias para la Familia, Rialp, 1998.

<sup>23</sup> GEHR, *Estadísticas Históricas de la producción agraria Española, 1859-1935*, Madrid, Ministerio de agricultura, pesca y alimentación, Secretaría general técnica. 1991.

Por último, el autor, al comparar las dietas españolas (o mediterráneas) con las del noroeste de Europa, insiste en las carencias (poca carne y productos lácteos) sin señalar sus virtudes (abundancia de frutas y verduras). Es cierto que las dietas mediterráneas tienen menos calorías, pero, ¿y las diferencias climáticas? A mismo peso y trabajo, ¿son necesarias las mismas calorías en Andalucía que en Alemania?

James Simpson publicó esta obra en 1995 con el título *Spanish Agriculture: the long siesta (1765-1965)*, Cambridge, Cambridge University Press. Simpson ha sido también responsable, junto a Pablo Martín-Aceña, de la edición del libro *The economic development of Spain since 1870*, Aldershot, E. Elgar, 1995.

Antonio Moreno  
*Universidad de Navarra*

**Moreno Almárcegui, Antonio, *Diversidad Regional de los Modelos de Femenidad. Una explicación desde las ciencias sociales*, Pamplona, Instituto de Ciencias para la Familia. Universidad de Navarra. Ediciones Rialp, 1998, 198 p., ISBN 84-321-3206-3.**

Introducción. Parte primera. Masculino y femenino en la Península Ibérica. Parte Segunda. 1. Estructuras regionales y organización social del espacio en el siglo XIX. Orígenes, permanencias y cambios. 2. El protagonismo económico de la mujer a partir del censo de 1887. Contrastes regionales. 3. Algunos aspectos demográficos: mortalidad infantil, esperanza de vida y segundas nupcias en España a mediados del siglo XIX. Contrastes regionales en los sistemas agrarios y las estructuras de la propiedad.

Antonio Moreno, con esta obra, trata uno de los temas de moda: la mujer. Al mismo tiempo, pone de manifiesto la importancia de los estudios interdisciplinarios. Aunque él parte desde el punto de vista económico, al considerar el elemento clave del estudio la participación de la mujer en las tareas productivas, relaciona esta visión con enfoques histórico-culturales, demográficos, sociales e incluso biológicos. No obstante, todo ello queda oculto detrás de un título que parece indicar una obra con un tono más social y de carácter descriptivo.

El trabajo es una síntesis sobre algunos de los aspectos que reflejan la diversidad regional española. Sin embargo la obra va mucho más allá al buscar las causas. La principal, y donde reside el rasgo más original del estudio, es el grado de participación económica que ha tenido la mujer en las tareas productivas.

Según el porcentaje de este tipo de participación, el autor habla de la existencia de unas regiones más femeninas que otras. El término "femenino" puede dar lugar a confusiones y malentendidos si se entendiera que sólo trabajarían las mujeres. Más adecuada sería la calificación, usada por el autor en